

cerse rápidamente y desaparecer al fin en poquísimos tiempo toda huella de dominaciones anteriores. Ni la dominación secular de los romanos y bizantinos, ni el imperio de los latinos occidentales, ni el dominio del cristianismo resistieron á la inundación asiática que los borró todas. Los muchísimos conventos abandonados por sus habitantes fueron unos ocupados por dervises, otros destinados á viviendas y talleres de artesanos ó bien para simples viviendas del pueblo. Las iglesias cristianas que sucesivamente se destinaban al culto mahometano, recibieron minaretes; se les despojó de sus cuadros, estatuas y emblemas del cristianismo; se blanquearon con cal los mosaicos que representaban figuras humanas ó alusivas á la religión cristiana, y se abrieron en el interior los nichos que segun el uso mahometano indican á los fieles á donde han de dirigir su faz en sus oraciones. De todas estas pérdidas la que mas dolió á los griegos fué la de la magnífica basílica de Santa Sofía, trasformada en mezquita principal de los turcos. Los hermosos mosaicos con su fondo de oro recibieron su correspondiente mano de cal; y como los cristianos orientan sus templos de otra manera que los mahometanos, estos pusieron el nicho que indica la dirección de la Meca entre las ventanas del centro y del Mediodía del ábside, y á la derecha de este nicho levantaron el púlpito donde el predicador mahometano pronunció en adelante todos los viernes sus sermones, teniendo á cada lado una bandera y en la mano una espada desnuda en memoria de la conquista armada de esta iglesia. Enfrente del púlpito se construyó la galería de los sultanes, con su enrejado de oro para no ser vistos cuando asistían á las funciones del culto. En los reinados siguientes se introdujeron tambien modificaciones. En el de Amurates IV, que reinó desde 1623 hasta 1640, se colocaron las inscripciones en gigantescos escudos redondos que adornan las pilastras y superficies murales, y contienen el nombre de Alá, del profeta y de los primeros califas con sentencias del Coran en letras de oro, algunas de 9 metros de altura sobre fondo verde, obra del entonces célebre calígrafo turco Bidchakchizade-Mustafá-Chelebi. En el centro de la cúpula principal se colocó el versículo del Coran que recitó Mahomed II cuando á su entrada solemne en Constantinopla penetró por primera vez en la famosa basílica: «Alá es la luz del cielo y de la tierra.»

Mas que el interior ha sido modificado desde la conquista el exterior de este templo. Mahomed II mandó construir el primer minarete; Selim II que reinó desde 1566 hasta 1574, añadió otro, y su sucesor Amurates III dos mas, y además hizo colocar sobre la cúpula principal una media luna de bronce colosal que mide de punta á punta 30 metros. El exterior de la soberbia fábrica fué sucesivamente desfigurado por poderosos estribos adosados á las paredes maestras, por el derribo ó trasformación de construcciones accesorias y la añadidura de otras nuevas como aulas y panteones. El antiguo escenofilacio fué destinado á almacen de comestibles para la casa de comidas de pobres que se instaló al lado, y el antiguo bautisterio sirvió de almacen de aceite hasta que en la primera mitad del siglo XVII fué trasformado en mausoleo de los sultanes Mustafá I é Ibrahim. Selim II, Amurates III y Mahomed III que reinó desde 1595 hasta 1603 levantaron para sí y sus familias otros panteones en la inmediación de la basílica.

Así fueron desapareciendo tambien otras obras de arte del tiempo del imperio que se habian librado de la destrucción bárbara de los conquistadores occidentales; las estatuas de bronce fueron fundidas y trasformadas en cañones; los revestimientos de cobre de los obeliscos pasaron á la casa de moneda; los sarcófagos de mármol de los emperadores y emperatrices fueron utilizados para pilas de fuentes; la igle-

sia de Santa Irene se convirtió en arsenal, y el antiquísimo hipódromo fué despojado de sus muros de recinto y el material empleado en construcciones nuevas, quedando solo la arena que se destinó á picadero, donde los pajes del sultan hacían ejercicios de equitación y se adiestraban en arrojar el venablo. Mientras se hacían desaparecer de esta manera los testigos mudos de las antiguas glorias bizantinas, Mahomed II procuró reemplazarlos con nuevas construcciones monumentales y suntuosas que llevaban el sello del nuevo gusto turco. La iglesia de los Apóstoles, que, como ya dijimos antes, tuvo que ser cedida por el patriarca en 1455 al sultan, fué derribada, y en su lugar el arquitecto griego Cristóduo desde 1463 hasta 1469 construyó la soberbia mezquita que lleva todavía el nombre del sultan Mahomed II y pasa por ser la perla de la arquitectura sagrada turca. Tiene dos minaretes esbeltos, una elevada é imponente cúpula central con cuatro medias cúpulas rodeadas de un gran número de cúpulas menores. El interior presenta una sencillez grandiosa, segun dicen las personas peritas en la materia y conocedoras de los monumentos de la capital turca. Seis hileras de grandes ventanas sobrepuestas inundan el interior de luz. A la derecha de la puerta principal hay una inscripción árabe en una lápida de mármol que en letras de oro dice: «Conquistarán á Constantinopla. ¡Dichoso el príncipe, y dichoso el ejército que realicen tamaña empresa!» palabras proféticas de Mahoma. Esta mezquita, como todas las demás fundadas por Mahomed II y sus sucesores, y como era ley y costumbre en los pueblos mahometanos, fué otro centro de establecimientos benéficos y de utilidad general, como aulas, biblioteca, habitaciones para estudiantes, escuelas elementales, refectorios para pobres, baños públicos, hospitales, fuentes y albergues para viajeros.

Además de esta, construyó el mismo sultan en su nueva capital once mezquitas mas, siendo una de las mas notables, mas elegantes, veneradas y suntuosas, la de Eyub, construida de mármol blanco sobre el sepulcro del héroe de este nombre; sepulcro que fué ricamente dotado de preciosas lámparas, candelabros y coronas. En esta mezquita, segun la voluntad de su fundador, se ciñe solemnemente la espada de Osman á cada nuevo sultan tan luego como ha ocupado el trono de su predecesor. Para siete de estas mezquitas sirvieron otras tantas iglesias griegas, sin contar la de los Apóstoles que, conforme dijimos, fué arrasada para hacer sitio á la mezquita de Mahomed II, y paso á paso tocó en el trascurso del tiempo igual suerte á otras muchísimas construcciones religiosas cristianas. Entre ellas citaremos como mas célebres é históricas: la iglesia de San Teotoco, hoy mezquita Seirec, cerca del puerto de los buques mercantes; la del convento de Cora, dedicada al Salvador, cerca de la puerta de Adrianópolis, y hoy mezquita Cariye; la basílica de San Juan, probablemente la iglesia mas antigua de Constantinopla, pues que se construyó el año 463, y formaba parte del monasterio de Studion á orillas del Mar de Mármara, y hoy es la mezquita del Emir-Ajor; el convento de Pantocrator con el mausoleo del emperador Manuel Comneno, y de su esposa Irene, fundados por Juan I Comneno, pasó á ser la mezquita Quilise, y la tambien antiquísima iglesia de San Sergio fué trasformada en la actual mezquita de Cüchüc-Aya-Sofía. A estas y otras mezquitas añadieron los sucesores de Mahomed II muchas otras nuevas que no obstante su disposición interior, poco menos que idéntica, tienen cada una sus bellezas, sus leyendas y sus privilegios especiales.

En mayor número que las construcciones religiosas fueron las dedicadas por Mahomed II á otros objetos. Entre estas obras merecen citarse la restauración de las murallas y obras de fortificación de la capital; la trasformación en 1468 del

antiguo Ciclobion al extremo Sudoeste, en el castillo siniestro «de las Siete Torres,» llamado por los turcos Yedicule, terrible prision de Estado turca donde tantas ejecuciones secretas se han hecho, y donde hasta el año 1798 encerraron los sultanes hasta á los embajadores de las potencias con las cuales estaban en guerra; las obras vastas del puerto, con astilleros, maestranzas y arsenal, y las construcciones del antiguo bazar, obras que naturalmente fueron despues de él ó concluidas ó aumentadas segun el caso. Finalmente se deben á Mahomed II el impulso y el principio del nuevo palacio, conjunto de fábricas que hasta mediados de nuestro siglo, y sobre todo hasta que el sultan Abdul Medyid se trasladó al palacio que se llama hoy Dolma-Bagché, constituyó la residencia de los sultanes y fué el teatro de una serie de innumerables sucesos, en parte históricos y altamente interesantes, en parte sangrientos y pavorosos, y en parte grotescos ó novelescos. Este palacio tuvo para medio mundo la misma importancia que en otro tiempo se dió á los palacios de los sucesores del primer Teodosio y de los posteriores emperadores bizantinos hasta la época de Manuel Comneno. Desde que este emperador trasladó su residencia desde la orilla del Bósforo (al Sudeste de la península donde está situada Constantinopla) al palacio de las Blaquerias, aquel conjunto de habitaciones, pórticos, palacios, iglesias, jardines y quintas, que formaba en otro tiempo la residencia imperial y era el orgullo y la obra de tantos emperadores y artistas, fué decayendo cada vez mas, y finalmente, á excepcion del castillo de Bucoleon, sirvió para sacar de él piedra y materiales destinados á nuevos edificios, principalmente en la época de los Paleólogos. Tambien se sacaron de allí los materiales para reforzar y aumentar principalmente las fortificaciones de la capital; de modo que el sultan Mahomed II ya no encontró gran cosa que remover cuando se determinó á construir en aquella parte su futura residencia. Por lo pronto continuó en Adrianópolis; pero en 1454 mandó dar principio á las obras de su nuevo palacio en la capital. Despues pasó á residir en el sitio donde hoy se halla el ministerio de la guerra ó serasquierato, al Sudsudoeste del Bazar, donde se levantó para él un edificio que ya hoy no existe y que se llamó posteriormente Esquiserai ó sea Palacio viejo. Durante su residencia en él dieron principio las fábricas que luego constituyeron el Yeni-serai ó Palacio nuevo, residencia de sus sucesores hasta Abdul-Medyid.

Está situado este Palacio nuevo en la parte Nordeste del cabo que separa el Mar de Mármara del Bósforo, punto que ocuparon antes de nuestra era la ciudad primitiva y su castillo, y donde despues se construyeron las iglesias de San Demetrio y de la Direccion de estudios, y los palacios de los grandes dignatarios del imperio. Solo una parte muy pequeña del terreno que ocuparon las construcciones del antiguo palacio de los emperadores griegos fué incluida en la nueva morada de los sultanes turcos, la cual por lo demás, por su disposicion y diversidad de edificios sueltos y jardines, por ser á la vez palacio, fortaleza y santuario, y estar situada en la eminencia mas bella y mas favorecida de la naturaleza, tenia mucha analogía con el primitivo palacio imperial. La colina está cercada por un elevado muro almenado, reforzado con robustas torres, siendo del lado de mar á la vez muralla de la capital. Del lado de tierra forma la divisoria entre la colina citada y otra en cuya loma se levanta por el Sudoeste la magnífica mezquita de Nuri-Osmaniye. Además de este recinto general exterior hay otro interior que encierra el palacio con sus edificios accesorios. El recinto exterior tiene tres puertas del lado de tierra, llamadas Denir, Souc-Chesme, Bab-i-Hamayun ó sea: Gran puerta imperial. El mismo Mahomed II la hizo construir en 1478 en la parte meridional, y en ella se

exponian clavadas en picas las cabezas de los bajáes condenados á muerte. Por esta misma puerta se penetra en el primer patio grande, llamado de los Genízaros, cuyos lados forman la casa de moneda, la ex-iglesia de Santa Irene, el hospital y las cocinas del palacio, el tesoro del Estado, varios cuarteles y las habitaciones de altos empleados.

En este patio se conserva todavía el plátano gigantesco y célebre por haber sido punto de reunion de los genízaros sediciosos; y tambien hay dos pequeñas columnas de piedra en las cuales se decapitaba á los visires culpables. Viene luego el segundo recinto, que suele pasarse por la Puerta del Medio ó *Orta-Capusi*, y se entra en un segundo patio adornado de columnas y flanqueado por dos torres puntiagudas. Para llegar á este patio hay que pasar dos puertas, entre las cuales está la sala de las ejecuciones para los altos funcionarios del Estado, como visires y bajáes. Antes de penetrar en este segundo patio que tanto los dignatarios del imperio como los embajadores extranjeros debían atravesar á pié, hay una piedra llamada *Binec-tachi*, junto á la cual debían apearse los citados personajes para esperar el permiso de pasar adelante. En el extremo opuesto de este segundo patio está la tercera puerta grande llamada *Bab-i-Seadet* ó *Puerta de Bienaventuranza*, que conduce al espacio interior, donde se encuentran: la sala de recepciones, del trono ó del divan, construida por Suleiman el Grande; el tesoro del sultan, los edificios del gobierno y las habitaciones particulares del sultan con sus jardines y demás dependencias. Hay que mencionar aquí la llamada Sublime Puerta, en turco Bab-i-Alí, y en lenguaje vulgar Puerta del Bajá, que se halla cerca de la gran puerta exterior Souc-Chesme, y sirve de morada al gran visir que tiene allí tambien sus oficinas, por cuya razon se aplica tambien este nombre en la diplomacia al gobierno turco, como ya se aplicaba al de Persia un nombre análogo en la época de los Aqueménides, y sobre todo cuando los sultanes turcos dejaron mas representacion á sus primeros ministros.

Todas estas obras contribuyeron poderosamente á dar á la ciudad del Bósforo un sello oriental, que se pronunció mas cuando se introdujo la costumbre de pintar las casas con determinados colores segun el barrio de que formaban parte. El color de los barrios turcos era amarillo y rosa, excepto los edificios públicos y sagrados que ostentaban el color blanco. Las casas de los armenios debían ser de color gris claro; las del barrio griego de gris oscuro, y las del barrio judío moradas. El estilo arquitectónico dominante era una mezcla del árabe y persa; poco á poco los turcos fueron imitando el estilo bizantino; pero en todas las épocas se han distinguido por su extraordinaria afición á las flores y jardines con sus pabellones y miradores.

Dueño ya de Constantinopla Mahomed II, era imposible que se detuviese en su carrera de conquistas, á las cuales le impulsaban además su ambicion insaciable, y la necesidad de ocupar su ejército y de redondear su imperio incorporando á él los muchos territorios griegos, albaneses y eslavos independientes en la dilatada frontera desde los límites de las posesiones venecianas hasta Trebisonda, para poder hacer frente á las dos potencias vecinas mas fuertes, Venecia al Oeste y la Persia al Este. Esta necesidad hizo que su reinado fuera una casi no interrumpida guerra, y él uno de los príncipes guerreros mas temidos y fuertes, aun prescindiendo de sus triunfos del año 1453, que le atrajeron la admiracion incondicional de los pueblos musulmanes. El efecto que en las naciones europeas produjeron estos triunfos fué contundente; mas no por eso los potentados y hombres de Estado del Occidente llegaron á comprender del todo los grandísi-

mos peligros que se estaban acumulando y preparando junto al Bósforo.

Toda la oposicion de las potencias europeas se redujo á lamentaciones estériles y finalmente á una conmocion profunda, pero sin ninguna direccion determinada unida y enérgica, á pesar de las voces que acá y allá se levantaron ora en forma de consideraciones políticas, ora en la de propaganda religiosa desde el púlpito, excitando á los cristianos contra los infieles, y á príncipes y pueblos á acudir al auxilio de la nacion griega que iba desapareciendo por momentos entre las oleadas musulmanas, cada vez mas imponentes. Así, nos ha quedado de aquel tiempo una enérgica elegía á la caída de Constantinopla que con el título de «Trenos» escribió un autor griego ignorado ó por lo menos incierto. Otros varones nobles, como Andrónico Calisto de Salónica, y los cardenales Besarion é Isidoro, emplearon toda su elocuencia para poner en movimiento al papa y á toda la Italia, y la órden de San Juan excitó calurosamente desde Rodas á los príncipes cristianos para hacer la guerra á los turcos; pero todos estos nobles esfuerzos encontraron eco solamente en Roma, y la desgracia quiso que el papa Nicolás V careciera de recursos materiales propios, y que el estado político de Italia como de los demás países europeos hiciera imposible una accion comun. Por eso quedaron sin resultado palpable las bulas monitorias del papa, los sermones excitando á la guerra santa, y la fogosa elocuencia de Eneas Silvio, obispo de Siena.

La Francia no podia disponer de sus fuerzas para una nueva cruzada por el temor que le inspiraban Inglaterra, y la enemistad del duque Felipe de Borgoña; en Alemania no se llegó siquiera á formular una opinion, y el nuevo papa Calixto III, natural de España, que ocupó la silla pontificia á la muerte de Nicolás V, ocurrida en 24 de marzo de 1485, aunque ardía realmente en deseos de hacer algo grande contra los enemigos del cristianismo, y aunque desplegó una grandísima actividad, no hubiera obtenido nada sin la fogosa elocuencia del fraile minorista Juan Capistrano, el predicador de cruzada mas poderoso y célebre de aquel tiempo. Aun con este auxilio Calixto III no llegó á salvar con sus esfuerzos á la nacion griega; pero sirvió de mucho al valiente pueblo magyar, impávido dique entonces y despues contra la plaga turca que cual incendio voraz se iba extendiendo con horrorosa rapidez. Además de los húngaros el pueblo albanés fué á la sazón otro baluarte imponente de la cristiandad; pero esta no pudo contar con el auxilio de Venecia, cuyo consejo no quiso mezclarse en una guerra contra los turcos, no obstante las vivas instancias del mismo dux Francisco Fóscari, y á pesar de la pérdida de su colonia en Constantinopla, de la decapitacion del baillío y de las demás desgracias sufridas por sus súbditos en la toma de aquella capital y despues, de cuyo suceso tuvo el gobierno veneciano noticia detallada á fines de junio de 1453.

La razon era la costosísima y larga guerra que la república sostenia con el duque Francisco Sforza de Milan, y que como ya dijimos en otra parte no concluyó hasta el año siguiente con la paz de Lodi. Habria sido una temeridad, enredarse en una guerra con el sultan, exponiéndose á perder las islas y los intereses mercantiles que Venecia tenia en el mar Egeo, cuando tales como estaban las cosas, le costaba ya grandísimo trabajo sostener, aun con perturbaciones continuas, el comercio con la Siria y el Egipto. En vista de estas consideraciones con la república se limitó á dar instrucciones á la escuadra enviada, aunque tarde, al auxilio de la capital bizantina, para que defendiese sus posesiones y demás islas cristianas en el Mar Egeo, al mismo tiempo que por medio de su agente en Adrianópolis Bartolomé Marcello entraba

en negociaciones directas con el sultan Mahomed II. Estas negociaciones condujeron al tratado de 18 de abril de 1454, bastante ventajoso para la república, la cual quedó como antes autorizada para tener un baillío en Constantinopla, para ejercer la jurisdiccion civil sobre sus conciudadanos que podían comerciar libremente en la capital, y entre ésta y la madre patria, pagando un derecho de dos por ciento por todos los artículos que exportarian del imperio, y por los que importaran en caso de venderlos. Por lo demás, como uno de los artículos de comercio mas comunes eran los esclavos, el sultan prohibió el tráfico de los de religion mahometana. Respecto del duque de Naxos, quedó reconocido como soberano independiente no obligado á tributo alguno.

En las nuevas relaciones estipuladas entre Venecia y Mahomed II, la práctica á menudo discrepaba mucho de la letra escrita; y los súbditos venecianos tenían que sufrir como en tiempo del imperio bizantino, muchas intrigas y vejaciones brutales y grandes molestias; pero en general los venecianos ganaron mucho con el tratado; solo que los políticos sagaces de la república no podían hacerse ya ilusiones para el porvenir, ni ocultarse, conociendo el genio conquistador indomable de Mahomed II y de su pueblo, que inevitablemente habia de llegar el momento de una lucha formidable entre las dos potencias, indicada ya claramente por el celo con que el sultan continuaba sus trabajos de organizacion de una poderosa marina, y la construccion de castillos fuertes armados con artillería gruesa en las orillas de los Dardanelos. Todo esto imponía al gobierno de Venecia el deber de abstenerse de toda participacion en los proyectos, por lo demás fugaces, de otras potencias contra los turcos.

Entre tanto siguió la emigracion de los griegos mas instruidos á Italia, donde encontraron en su compatriota Besarion y otras muchas personas influyentes poderoso apoyo y buenas colocaciones como profesores y promovedores de un renacimiento greco-italiano. En este sentido se hicieron particularmente notables, además de los que citamos en otra parte, Andrónico Calisto de Salónica, y los dos Láscaris, Constantino y Janos. Al propio tiempo empeoraba la situacion de todos los Estados y potentados menores al alcance del poder turco, cuya presion se hacia cada dia mas insupportable. Todos veían llegar con terror el momento en que serian irremisiblemente absorbidos; y para prolongar su existencia precaria algun tiempo mas, se apresuraron á presentar al poderoso sultan por medio de sus embajadores en Adrianópolis sus angustiosas felicitaciones por la brillante conquista de la antigua capital bizantina, y á conformarse con el considerable aumento de sus tributos que les impuso el turco vencedor. El de Gattilusio de Lesbos fué subido á 3,000 ducados; la sociedad genovesa explotadora de Chio llamada la Maona tuvo que pagar en adelante 6,000 ducados en lugar de los 4,000 que pagaba antes, y la ciudad de Ragusa 3,000 en lugar de 1,500 por haber admitido en su recinto á muchos fugitivos distinguidos de Constantinopla. El autócrata ó emperador Juan IV de Trebisonda tambien se apresuró á hacer la paz con Mahomed II por la mediacion de su hermano David, haciéndose tributario del sultan, que le impuso un tributo anual de 3,000 ducados; porque Juan IV (1) habia

(1) El Gran-Comneno Manuel III de Trebisonda aprovechó la muerte del khan mogol Timur y las disensiones subsiguientes en el interior de su inmenso imperio, para recobrar completamente su independencia. A su muerte en 1417 sucedióle su hijo Alejo IV, cuya madre Eudoxia era una princesa georgiana. Alejo IV se vió obligado á reconocerse tributario del khan turcomano Cara-Yusuf y á dar su bella hija por esposa al hijo de este. Por su parte Cara-Yusuf, jefe de la tribu llamada de los *Carneros Negros*, habia arrojado de su territorio á los mogoles despues de la muerte de Timur, habia invadido el de los soberanos de